

Jules Verne

Cinco semanas en globo
Viaje de descubrimientos en
África por tres ingleses

Ilustraciones de Riou y De Montaut



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Cinq semaines en Ballon*
Traducción de Juana Salabert

Primera edición: 2001
Cuarta edición: 2016

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: El *Géant*, globo construido para G.-F. Nadar. Xilografía procedente de *Les Merveilles de la Science: Aerostats* (París, 1868), de Louis Figuier.
© Álbum / Florilegius
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Grupo Anaya, 2001
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2001, 2016
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-416-1
Depósito legal: M. 11.496-2016
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Nota preliminar
	Cinco semanas en globo
11	Capítulo 1
21	Capítulo 2
25	Capítulo 3
35	Capítulo 4
42	Capítulo 5
49	Capítulo 6
56	Capítulo 7
62	Capítulo 8
69	Capítulo 9
75	Capítulo 10
81	Capítulo 11
91	Capítulo 12
101	Capítulo 13
109	Capítulo 14
119	Capítulo 15
133	Capítulo 16
143	Capítulo 17
154	Capítulo 18
166	Capítulo 19
173	Capítulo 20
181	Capítulo 21

Índice

190	Capítulo 22
201	Capítulo 23
210	Capítulo 24
220	Capítulo 25
227	Capítulo 26
235	Capítulo 27
244	Capítulo 28
251	Capítulo 29
259	Capítulo 30
268	Capítulo 31
274	Capítulo 32
282	Capítulo 33
290	Capítulo 34
296	Capítulo 35
307	Capítulo 36
315	Capítulo 37
322	Capítulo 38
331	Capítulo 39
337	Capítulo 40
342	Capítulo 41
351	Capítulo 42
357	Capítulo 43
368	Capítulo 44

Nota preliminar

Teniendo en cuenta la ambientación británica de la novela, Verne respeta las medidas inglesas de longitud, capacidad y peso, y, aunque a veces las traduce a medidas francesas, no siempre facilita la rapidez de comprensión para el lector español actual. Damos, pues, aquí todas las equivalencias: *Milla*: 1.609,34 m. *Yarda*: 91,44 cm. *Pie*: 30,48 cm. *Pulgada*: 2,54 cm. *Línea*: duodécima parte de la pulgada, equivalente a unos 2 mm. *Galón*: unos 4,54 litros. *Pinta*: 0,568 litros. *Libra*: 453,6 gr. *Toesa*: antigua medida francesa de longitud equivalente a 1,94 m. La *legua* francesa andaba en torno a los 4 km. Por último, recordar que la temperatura se expresa en grados Fahrenheit, aunque el propio Verne se encarga de traducirla a grados centígrados.

Capítulo 1

Final de un discurso muy aplaudido. – Presentación del doctor Samuel Fergusson. – «Excelsior.» – Retrato de cuerpo entero del doctor. – Un fatalista convencido. – Cena en el Traveller's Club. – Numerosos brindis de circunstancias.

El 14 de enero de 1862 había una gran afluencia de oyentes en la sesión de la Real Sociedad Geográfica de Londres, Waterloo place, 3. El presidente, sir Francis M..., presentaba a sus honorables colegas una importante comunicación en un discurso frecuentemente interrumpido por los aplausos.

Ese arrebató de elocuencia concluía con algunas frases rimbombantes en las que el patriotismo se desbordaba a raudales:

–Inglaterra ha marchado siempre a la cabeza de las naciones (porque, como se ha observado, las naciones marchan universalmente a la cabeza unas de otras), por la intrepidez de sus viajeros en la vía de los descubrimientos geográficos. (*Numerosos gestos de asentimiento.*) El doctor Samuel Fergusson, uno de sus gloriosos hijos, no romperá esta tradición. (*Por todas partes: ¡No! ¡No!*) ¡Esta tentativa, si triunfa (*¡triunfará!*), unirá, completándolas,

las nociones dispersas de la cartografía africana (*vehementes muestras de aprobación*), y si fracasa (*¡nunca!, ¡nunca!*), quedará al menos como una de las más audaces concepciones del genio humano! (*Frenéticos pataleos.*)

–¡Hurra! ¡Hurra! –gritó la asamblea, electrizada por tan emotivas palabras.

–¡Hurra por el intrépido Fergusson! –exclamó uno de los miembros más expansivos del auditorio.

Resonaron gritos entusiastas. El nombre de Fergusson estalló en todas las bocas, y tenemos fundadas razones para creer que mejoró singularmente al pasar por los gatzates ingleses. La sala de sesiones se venía abajo.

¡Allí estaban, en gran número, envejecidos y cansados, esos intrépidos viajeros cuyo temperamento inquieto les había llevado a las cinco partes del mundo! ¡Todos ellos, quién más, quién menos, física o moralmente, habían escapado a naufragios e incendios, a los tomahawks indios, a los rompecabezas de los salvajes, al poste del suplicio, a los estómagos polinesios! Pero nada pudo reprimir los latidos de sus corazones durante el discurso de sir Francis M..., y desde tiempos inmemoriales, ciertamente, fue aquél el más hermoso éxito oratorio de la Real Sociedad Geográfica de Londres.

Pero, en Inglaterra, el entusiasmo no se queda sólo en palabras. Fabrica dinero aún más rápidamente que el volante de «The Royal Mint»*. Acto seguido se votó una subvención de apoyo a favor del doctor Fergusson, que alcanzó la suma de dos mil quinientas libras**. La im-

* La Casa de la Moneda en Londres. (*N. del A.*)

** Sesenta y dos mil quinientos francos. (*N. del A.*)

portancia de la suma¹ era proporcional a la importancia de la empresa.

Uno de los miembros de la sociedad interpeló al presidente para saber si el doctor Fergusson sería presentado oficialmente.

–El doctor está a disposición de la asamblea –respondió sir Francis M...

–¡Que entre! –gritaron–, ¡que entre! Queremos ver con nuestros propios ojos a un hombre de una audacia tan extraordinaria.

–¡Quizás esa increíble proposición –dijo un viejo comodoro apoplético– no sea más que una burla!

–¿Y si el doctor Fergusson no existiera? –gritó una voz maliciosa.

–Habría que inventarlo –respondió un jocoso miembro de tan formal sociedad.

–Hagan pasar al doctor Fergusson –dijo simplemente sir Francis M...

Y el doctor entró en medio de una tormenta de aplausos, sin dar muestras de emoción alguna.

Era un hombre de unos cuarenta años, de talla y compleción ordinarias; su temperamento sanguíneo se revelaba en la intensa coloración de su rostro; tenía un semblante frío, de rasgos regulares, una nariz pronunciada, en forma de proa de buque, la nariz del hombre predestinado a los descubrimientos; sus ojos, de dulce mirada, más inteligentes que atrevidos, prestaban un gran encanto a su

1. La equivalencia en pesetas de la época sería, aproximadamente, 450 €. Para darnos una idea de su valor, tengamos en cuenta que un viaje de Barcelona a Berlín, con varios días de estancia, salía por unos 5 € actuales. (*N. de la T.*)

fisonomía; sus brazos eran largos, y sus pies se apoyaban en el suelo con el aplomo del hombre andariego.

Una tranquila gravedad emanaba de la persona del doctor, y hacía inimaginable que pudiera ser el instrumento de la más inocente de las bromas.

De este modo, los hurras y los aplausos no cesaron hasta el momento en que el doctor Fergusson reclamó silencio con un gesto amable. Se encaminó hacia el sillón preparado para su presentación; a continuación, en pie, resuelto, la mirada enérgica, levantó al cielo el índice de la mano derecha, abrió la boca y pronunció esta sola palabra:

—¡Excelsior!

¡No! Jamás una interpelación inesperada de los señores Bright y Cobden, ni una petición de fondos extraordinarios por lord Palmerston para acorazar los peñascos de Inglaterra obtuvieron un éxito parecido. El discurso de sir Francis M... quedaba sobrepasado, y con mucho. El doctor se mostraba al mismo tiempo sublime, grande, sobrio y mesurado; había dicho la palabra clave:

«¡Excelsior!».

El viejo comodoro, completamente adherido a este extraño hombre, reclamó la inserción «íntegra» del discurso de Fergusson en *The Proceedings of the Royal Geographical Society of London**.

¿Quién era ese doctor y a qué empresa iba a consagrarse?

El padre del joven Fergusson, un valiente capitán de la marina inglesa, había familiarizado a su hijo, desde su más tierna infancia, con los peligros y aventuras de su profesión. Ese digno hijo, que parecía no haber conocido ja-

* Boletines de la Real Sociedad Geográfica de Londres. (N. del A.)

más el miedo, manifestó tempranamente un espíritu vivaz, una inteligencia de investigador, una señalada predisposición hacia los trabajos científicos; mostraba, por otro lado, una habilidad poco común para salir airoso de las situaciones más difíciles; nada se le resistía nunca, ni siquiera el manejo de su primer tenedor, por lo general muy penoso para los niños.

Rápidamente, su imaginación se inflamó con la lectura de las empresas audaces, de las exploraciones marítimas; siguió apasionadamente los descubrimientos que señalaron la primera mitad del siglo XIX; soñó con la gloria de los Mungo-Park, de los Bruce, de los Caillié, de los Levaillant e incluso un poco, creo, la de Selkirk, el Robinson Crusoe, que no le parecía inferior. ¡Cuántas horas bien ocupadas pasó con él en su isla de Juan Fernández! A menudo aprobó las ideas del marino abandonado; en ocasiones le discutió sus planes y proyectos; él lo habría hecho de otro modo, quizás mejor, en todo caso igual de bien. Pero ciertamente, jamás hubiera abandonado esa bienaventurada isla, donde era feliz como un rey sin vasallos... ¡No, aunque fuese para convertirse en el primer lord del Almirantazgo!

Fácilmente podéis imaginar que estas tendencias se desarrollaron durante su juventud aventurera, lanzada por los cuatro rincones del mundo. Su padre, como hombre instruido, no dejó de consolidar esta brillante inteligencia con rigurosos estudios de hidrografía, física y mecánica, y con unas nociones de botánica, medicina y astronomía.

A la muerte del digno capitán, Samuel Fergusson, que contaba veintidós años, había ya dado su vuelta al mundo; se enroló en el Cuerpo de los Ingenieros Bengalés y

se distinguió en varias ocasiones; pero esa existencia de soldado no le convenía; por importarle poco mandar, no le agradaba obedecer. Presentó su dimisión, y cazando unas veces y herborizando otras, se dirigió hacia el norte de la península india, y la atravesó desde Calcuta a Surate. Un simple paseo de aficionado.

De Surate lo vemos pasar a Australia y tomar parte en 1845 en la expedición del capitán Sturt, encargada de descubrir ese mar Caspio que se supone existe en el centro de Nueva Holanda¹.

Samuel Fergusson volvió a Inglaterra hacia 1850, y, poseído más que nunca por la fiebre de los descubrimientos, acompañó hasta 1853 al capitán Mac Clure en la expedición que bordeó el continente americano desde el estrecho de Behring al cabo Farewel.

Pese a las fatigas de todo tipo y bajo todos los climas, la constitución de Fergusson resistía maravillosamente; vivía a sus anchas en medio de las más completas privaciones; era el perfecto viajero, cuyo estómago se reduce o se dilata según su propia voluntad, cuyas piernas se alargan o se acortan, adaptadas a la forma de cualquier lecho improvisado, capaz de dormir a cualquier hora del día y de despertarse a cualquier hora de la noche.

Así, no puede extrañar volver a encontrar a nuestro infatigable viajero, de 1855 a 1857 por el oeste del Tíbet, junto a los hermanos Schlagintweit, exploración esta de la que volvió con curiosas observaciones etnográficas.

Durante sus diversos viajes, Samuel Fergusson fue el corresponsal más activo e interesante del *Daily Telegraph*,

1. Antiguo nombre de Australia. (*N. de la T.*)

ese diario de un penique, cuya tirada alcanza los ciento cuarenta mil ejemplares diarios, apenas suficientes para varios millones de lectores. Era, pues, un personaje conocido, pese a no pertenecer a ninguna institución científica, ni a las Reales Sociedades Geográficas de Londres, París, Berlín, Viena o San Petersburgo, ni al Club de Viajeros, ni tan siquiera a la Royal Polytechnic Institution, señoreada por su amigo el estadístico Kokburn.

Este sabio erudito le propuso un día, con el deseo de divertirle, el siguiente problema matemático: dado el número de millas recorridas alrededor del mundo por el doctor, ¿cuántas millas más había andado su cabeza que sus pies, como consecuencia de la diferencia de los radios? O bien, conocido el número de millas recorridas por los pies y por la cabeza del doctor, calcular su estatura con toda exactitud.

Pero Fergusson continuaba manteniéndose alejado de las corporaciones científicas, por pertenecer a la iglesia militante y no a la oradora; creía emplear mejor el tiempo en buscar que en discutir, en descubrir que en discurrir.

Se cuenta que un inglés llegó un día a Ginebra, con la intención de visitar el lago; se le acomodó en uno de esos viejos coches, cuyos asientos se alinean lateralmente, al igual que los de los ómnibus; sucedió que a nuestro inglés se le instaló de espaldas al lago; el coche efectuó tranquilamente su recorrido circular, sin que ni una sola vez se le ocurriera darse la vuelta, y volvió a Londres entusiasmado con el lago de Ginebra.

El doctor Fergusson sí se había dado la vuelta en sus viajes, y tantas veces, que había visto mucho. En eso, por

otra parte, obedecía a su naturaleza, y tenemos buenas razones para creer que era un poco fatalista, pero era el suyo un fatalismo muy ortodoxo, que le hacía confiar en sí mismo e incluso en la Providencia. Se decía más arras-trado que atraído hacia sus viajes y recorría el mundo como una locomotora cuya dirección no la marcaba ella, sino el camino mismo.

—Yo no sigo mi camino —decía frecuentemente—, es éste el que me sigue a mí.

No es de extrañar, pues, la sangre fría con la que acogió los aplausos de la Real Sociedad; por carecer de orgullo y aún más de vanidad, estaba por encima de estas pequeñeces; la propuesta que había dirigido a sir Francis M... le parecía muy sencilla, y apenas si se dio cuenta de la inmensa expectación que había levantado.

Tras la sesión, se condujo al doctor al Traveller's Club, en Pall Mall, donde se había organizado un magnífico banquete en su honor; la dimensión de las piezas servidas era proporcional a la importancia del personaje, y el esturión que figuró en esa espléndida comida apenas tenía tres pulgadas menos de largo que el propio Samuel Fergusson.

Se elevaron numerosos brindis con vinos franceses por los viajeros que se habían ganado su celebridad en tierras africanas. Se bebió a su salud o a su memoria y por orden alfabético, detalle este muy inglés: por Abbadie, Adams, Adamson, Anderson, Arnaud, Baikie, Baldwin, Barth, Batouda, Beke, Beltrame, du Berba, Bimbachi, Bolognesi, Bolwik, Bolzoni, Bonnemain, Brisson, Browne, Bruce, Brun-Rollet, Burchell, Burkhardt, Burton, Caillaud, Caillié, Campbell, Chapman, Clapperton, Clot-Bey, Colomieu,



Se había organizado un banquete en honor del doctor

Courval, Cumming, Cuny, Debono, Decken, Denham, Desavanchers, Dicksen, Dickson, Dochard, Duchailu, Duncan, Durand, Duroulé, Duveyrier, Erhardt, d'Escayrac de Lauture, Ferret, Fresnel, Galinier, Galton, Geoffroy, Golberry, Hahn, Halm, Harnier, Hecquart, Heuglin, Hornemann, Houghton, Imbert, Kaufmann, Knoblecher, Krapf, Kummer, Lafargue, Laing, Lajaille, Lambert, Lamiral, Lampriere, John Lander, Richard Lander, Lefebvre, Lejean, Levailant, Livingstone, Mac-carthie, Maggiar, Maizan, Malzac, Moffat, Mollien, Monteiro, Morrison, Mungo-Park, Neimans, Overweg, Panet, Partarrieau, Pascal, Pearse, Peddie, Peney, Pethe-
rick, Poncet, Prax, Raffanel, Rath, Rebmann, Richardson, Riley, Ritchie, Rochet d'Héricourt, Rongawi, Roscher, Ruppel, Saugnier, Speke, Steidner, Thibaud, Thompson, Thornton, Toole, Tousny, Trotter, Tuckey, Tyrwitt, Vau-
dey, Veyssière, Vincent, Vinco, Vogel, Wahlberg, War-
ington, Washington, Werne, Wild y, finalmente, por el doctor Samuel Fergusson, quien con su increíble tentati-
va debía ligar los trabajos de estos viajeros, y completar la serie de descubrimientos africanos.

Capítulo 2

Un artículo en el *Daily Telegraph*. – Guerra entre publicaciones científicas. – Petermann defiende a su amigo el doctor Fergusson. – Respuesta del sabio Koner. – Se cruzan apuestas. – El doctor recibe diversas proposiciones.

Al día siguiente, en su número del 15 de enero, el *Daily Telegraph* publicaba el siguiente artículo:

«África va a entregar por fin el secreto de sus vastas y solitarias extensiones; un Edipo moderno nos dará la clave de este enigma que durante sesenta siglos ha permanecido indescifrable para los sabios. Antiguamente, la búsqueda de las fuentes del Nilo, *fontes Nili quaerere*, se consideraba una tentativa insensata, una quimera irrealizable.

»El doctor Barth, al seguir hasta Sudán la ruta trazada por Denham y Clapperton; el doctor Livingstone, al multiplicar sus intrépidas investigaciones desde el cabo de Buena Esperanza hasta la cuenca del Zambeze; los capitanes Burton y Speke, con su descubrimiento de los Grandes Lagos interiores, han abierto tres caminos a la civilización moderna; su punto de intersección, que ningún viajero ha conseguido todavía alcanzar, es el corazón

de África. Es allí hacia donde deben orientarse todos los esfuerzos.

»Los trabajos de estos audaces pioneros de la ciencia van a ser reanudados gracias a la intrépida tentativa del doctor Samuel Fergusson, cuyas magníficas exploraciones son bien conocidas y apreciadas por nuestros lectores.

»Este audaz explorador se propone atravesar África de este a oeste en globo. Si nuestras fuentes son fidedignas, el punto de partida de este sorprendente viaje sería la isla Zanzíbar, cercana a la costa oriental. En cuanto a la llegada, sólo la Providencia puede conocer su exacto emplazamiento.

»La propuesta de esta exploración científica ha sido hecha oficialmente ayer a la Real Sociedad Geográfica, que aprobó una suma de dos mil quinientas libras para subvencionar los gastos de la empresa.

»En lo sucesivo mantendremos informados a nuestros lectores sobre esta tentativa sin precedentes en los fastos geográficos».

Lógicamente, este artículo tuvo una enorme repercusión; levantó en primer lugar una creciente ola de incredulidad; se tomó al doctor Fergusson por un ser puramente quimérico, inventado por el señor Barnum¹, quien, tras haber trabajado en los Estados Unidos, se aprestaba a hacer lo mismo en las Islas Británicas.

Una respuesta burlona apareció en Ginebra, en el número de febrero de los *Bulletins de la Société Géographique*;

1. Phileas Taylor Barnum (1810-1891), célebre charlatán norteamericano. (N. de la T.)

ridiculizaba humorísticamente a la Real Sociedad de Londres, al Traveller's Club y a su fenomenal esturión.

Pero el señor Petermann, a través de sus *Mitteilungen*, publicados en Gotha, redujo al periódico de Ginebra al más absoluto de los silencios. El señor Petermann conocía personalmente al doctor Fergusson, y garantizaba formalmente la intrepidez de su audaz amigo.

Pronto las dudas fueron imposibles; el viaje se preparaba en Londres; los fabricantes lioneses habían recibido un importante pedido de tafetán para la construcción del aeróstato; finalmente, el gobierno británico puso a disposición del doctor el barco *Resolute*, bajo el mando del capitán Pennet.

Inmediatamente llegaron miles de felicitaciones y de estímulos. Los detalles de la empresa aparecieron en los Boletines de la Sociedad Geográfica de París; un notable artículo se publicó en los *Nouvelles Annales des voyages, de la géographie, de l'histoire et de l'archéologie*, de M. V.-A. Malte-Brun; un minucioso estudio del doctor W. Koner, publicado en el *Zeitschrift für Allgemeine Erdkunde*, demostró victoriosamente la posibilidad del viaje, sus probabilidades de éxito, la naturaleza de los obstáculos, así como las inmensas ventajas de la locomoción aérea; criticó tan sólo el punto de partida; se inclinaba por Masuah, pequeño puerto abisinio, de donde, en 1768, James Bruce se lanzó a la búsqueda de las fuentes del Nilo. Además, admiraba sin reservas el espíritu enérgico del doctor Fergusson, y su corazón cubierto con un triple escudo de bronce, capaz de concebir e intentar un viaje semejante.

La *North American Review* no vio sin disgusto que tanta gloria se reservara a Inglaterra; tomó a broma la

propuesta del doctor, animándolo, mientras se hallara en tan buen camino, a seguir hasta América.

En resumen, sin contar los diarios del mundo entero, no hubo publicación, desde el *Journal des Missions évangéliques* hasta la *Revue algérienne et coloniale*, desde los *Annales de la Propagation de la foi* hasta el *Church Missionary Intelligence*, que no relatara el hecho bajo todos sus aspectos.

Considerables apuestas se establecieron en Londres y en toda Inglaterra: 1.º sobre la existencia real o supuesta del doctor Fergusson; 2.º sobre el viaje mismo, que no se intentaría según los unos, que se emprendería según los otros; 3.º sobre su triunfo o su fracaso; 4.º sobre las probabilidades o improbabilidades del regreso del doctor Fergusson. Se consignaron sumas enormes en el libro de las apuestas, como si se hubiera tratado de las carreras de Epsom.

De este modo, creyentes, incrédulos, ignorantes y sabios, todos tenían los ojos puestos en el doctor Fergusson; se convirtió en el hombre del día, sin que él pareciera darse cuenta. Dio de buena gana datos precisos sobre su expedición. Fue fácilmente abordable y el hombre más natural del mundo. Más de un aventurero se presentó con la pretensión de compartir la gloria y los peligros de su empresa; pero se negó, sin precisar las razones de su negativa.

Numerosos inventores de mecanismos aplicables a la dirección de los globos vinieron a proponerle sus sistemas. No quiso aceptar ninguno. A quienes le preguntaban si había descubierto alguna novedad sobre el particular dejaba sin explicación; y se ocupó más activamente que nunca de los preparativos de su viaje.

Capítulo 3

El amigo del doctor. – De dónde procedía su amistad. – Dick Kennedy en Londres. – Propuesta inesperada, pero no tranquilizadora. – Proverbio poco consolador. – Algunas palabras sobre el martirologio africano. – Ventajas de un aeróstato. – El secreto del doctor Fergusson.

El doctor Fergusson tenía un amigo. No un alma gemela, un *alter ego*; la amistad no podría existir entre dos seres perfectamente idénticos.

Pero si poseían cualidades, aptitudes y temperamentos distintos, Dick Kennedy y Samuel Fergusson vivían con un solo y mismo corazón, y esto no los molestaba demasiado. Al contrario.

Dick Kennedy era un escocés en toda la extensión de la palabra, abierto, resuelto, testarudo. Vivía en Leith, pequeña ciudad cercana a Edimburgo, verdadero arrabal de la «Vieja Ahumada»*. Era a veces un pescador, pero en todas partes y siempre un cazador determinado: nada menos extraño en un hijo de la Caledonia, algo aficionado a recorrer las montañas de las Highlands. Se le citaba como un maravilloso tirador de escopeta; no

* Apodo de Edimburgo, *Auld Reekie*. (N. del A.)